

Walter Kohan / Un diálogo desconocido de Platón

LOS GRIEGOS AMABAN EL DEPORTE, Y LOS FILÓSOFOS ADORABAN A LOS ATLETAS. ESTE INÉDITO DE PLATÓN REÚNE A SÓCRATES Y SUS DISCÍPULOS, ENTRE ELLOS EL NUNCA MENCIONADO *DIEGÓN*.

Sócrates no ha escrito nada y Platón lo escribió todo. En la ambivalencia semántica de un miserable objeto directo se muestra plenamente, en toda su desnudez, la conocida cuestión socrática: qué y a quién escribió Platón? Esta es la cuestión de Sócrates. Toda. Al menos la de sus seguidores. Porque es cierto que algunos otros, entre ellos Antístenes y Jenofonte, también escribieron a Sócrates, pero la fortuna y la historia sólo han querido que de ellos hablara el Sócrates de Platón o, para decirlo mejor, el Platón de Sócrates. Los otros callan. Al menos, para nosotros. La cuestión socrática, hay que decirlo una vez más, es la cuestión de Sócrates y Platón. O de Sócrates o Platón. Porque hay que disociar a Sócrates de Platón. Créase o no, este es uno de esos extraños lugares en el que han coincidido filósofos, historiadores y filólogos. Hay que distinguir a Sócrates de Platón. Todos los historiadores y los filólogos lo han hecho. Aun quienes negaron la existencia de Sócrates, como es obvio: no se entenderá bien cómo, pero para ello antes tuvieron que disociarlo.

Los filósofos, por lo menos desde Aristóteles, también separaron a Sócrates de Platón. Nietzsche, tal vez, es aquí, una vez más, una de las pocas excepciones. Pero todos los filósofos, igualmente, han querido hablar a solas con Sócrates. Directamente. Sin Platón en el medio. Y no han podido. Por suerte, Sócrates no habla con ellos. Con quién habla Sócrates? Para saberlo se ha leído a Platón, a sus diálogos primeros. Esta es, otra vez, la cuestión. Los filólogos también llaman a estos diálogos primeros, de juventud, tempranos o simplemente socráticos, como para que se vea que la cuestión no es fácil de resolver. Es verdad, así planteada no lo es. Los doxógrafos afirman que Platón, antes de los diálogos, había escrito tragedias que después quemó; el porqué no está muy claro. Algunos aducen que no había dado en ellas un papel suficientemente relevante a Sócrates y que, por eso, entonces escribió los diálogos socráticos. El lugar que ocupa Sócrates en estos diálogos primeros abona esta hipótesis. Otros se apoyan en lo que dice Sócrates a Aristófanes, entre otros, hacia el final del **Banquete**: "es propio del mismo hombre hacer comedia y tragedia y quien con arte hace tragedia, también hace comedia" (223d). No poder poner a Sócrates entre las nubes fue el fin de las tragedias de Platón. Y el comienzo de otras, los diálogos. De paso, algún día habrá que tomar en serio a Aristófanes. Ninguno, entre quienes escribieron a Sócrates, lo vio tanto y tan de cerca. Aunque no haya sido su discípulo y no haya escrito tragedias. La queja del Platón de Sócrates en la **Apología** (19c) así lo requiere.

Los diálogos socráticos llevan el nombre de aquel que se atreve a hablar con Sócrates: Eutifrón, un sacerdote; Laques, un militar; Ion, un poeta; Protágoras, un maestro; Lisis y Cármides, dos jóvenes; Trasímaco, un político; Critón, un amigo; en la **Apología**, los jueces. Podemos agregar a esta lista el diálogo inédito que aquí estamos presentando por primera vez en versión castellana: Diegón, un atleta. Llamarlos por su nombre es la ofrenda de Platón a los caídos, personajes que empiezan en el entusiasmo y terminan en la confusión, que siempre empiezan por saber y terminan por no saber. La tradición temprana, como siempre, interpretó otra cosa. Añadió a estos nombres un subtítulo que pretendía indicar el tema principal de los diálogos. Nada más errado de creer que Sócrates o el otro hablan de eso. El otro no sabe, Sócrates no habla. Ya Platón lo decía en el título. Sócrates no habla. En todo caso, pide la palabra. Pero no para hablar. Pide la palabra del otro. La del supuesto saber. El desconcierto

y la ausencia de ese saber son la respuesta que cierra cada diálogo. Tomemos, por ejemplo, el **Eutifrón**. Sócrates se encuentra con Eutifrón, experto en cuestiones religiosas, y lo entusiasma para que sea su maestro y le enseñe qué es lo sagrado. Basta que Eutifrón acepte la propuesta para que cada intento suyo de definir lo sagrado sea refutado y llevado al ridículo por Sócrates. El diálogo termina cuando Eutifrón, confundido y abatido, se va a las disparadas. Disparando. Corriendo. De lo sagrado sólo ha dicho lo que no es. El esquema seducción, interrogación, refutación, confusión, huida en la huella más pisa de todos estos diálogos.

La culpa de todo la tienen los jueces. Quiero decir, los que condenaron a Sócrates; al fin, condenaron también a tantos siglos a hablar de esa muerte; porque vamos a decirlo de una vez, quienes hablan con Sócrates, hablan de su muerte, no de otra cosa; otra vez la ambivalencia, ahora de un pronombre posesivo: de qué muerte hablan con Sócrates? Pero eso ahora no importa. Sócrates mismo, también hay que decirlo, si de algo habla, habla de su muerte. Basta ver la **Apología** y el **Critón**. Como descargo de los jueces, en todo caso, puede decirse que no tomaron muy en serio la condena. Además, no era muy difícil de evitar. Fue Sócrates el que se la tomó en serio. Quiso morir. Y se mató. También esta es la cuestión de Sócrates.

Hijo de escultor y partera. Feo. Vigoroso. Asceta. Juicioso. Grotesco. Melancólico. Calculador. Excéntrico. Enigmático. Cínico. Testarudo. Pero sobre todo, feo, muy feo. Así es Sócrates. Antinómico. Burlón y Mordaz, se burlaron de él todos los cómicos; cínico e irónico, murió de la más cínica ironía; profesional de la filosofía, el primero, cae bajo sus paradojas: desprecia la política y muere político; enseña a no escribir y está escrito como actor principal de todos los diálogos. Así es Sócrates. Instaure la palabra y no habla. Posee la palabra y calla. Sabe y no sabe. Pide la verdad y miente. Desprecia el poder y exhorta a saber para poder. Lee y no escribe. Es feo y procura belleza. Elige lo no elegible. Elige la muerte. Así es Sócrates.

Pero vamos ya al propósito central de esta nota. En el otoño europeo de 1960, se encontraron en la ciudad de Derveni (hoy ex Yugoslavia) restos de un papiro que contenía textos de los siglos V y IV a.C.. Ante el estado calamitoso en que se encontró el material, fueron necesarios más de treinta años de intenso trabajo para que los profesores Anastopoulos y Maniopoulos de la Universidad griega de Tesalónica, recién pudieran editar, hacia fines del 92, una parte del mismo, que contiene algunos fragmentos de Heráclito y de sofistas y una parte importante de un diálogo hasta hoy desconocido de Platón, el *Diegón*.

El *Diegón* presenta una de las típicas conversaciones socráticas de los diálogos de juventud. Razones de estilo y de contenido hacen que los platonistas no duden en situarlo después de la **Apología** y el **Critón** y antes del **Fedón** y el **Crátilo**. Su fecha de composición está alrededor del 387, muy cerca del **Eutifrón** y **República I** (o **Trasímaco**). Las referencias en el texto al renombre de Polidamas de Tesalia y de *Diegón* de Fioritos, el destacado desempeño que ambos habrían tenido en la Olimpiada del 424 a.C. (cf. Diógenes Laercio, XIII, 14) y el deceso de Polidamas atestiguado por el Suda en el 406 a.C., permiten situar la conversación que narra el *Diegón* entre el 420 y el 410 a.C.. En cuanto a su género, el *Diegón* es al igual que el **Protágoras**, **Lisis** y **República I** un relato narrado en primera persona por Sócrates. En el *Diegón* aparece la típica preocupación socrática por la búsqueda de la verdad, aquí bajo la forma de la indagación acerca de la **ousía** (que hemos traducido, no sin dudar, por esencia) de las competencias atléticas. La relación cuerpo-alma, la concepción socrática de la **areté** (virtud o excelencia) y la relación deporte-política son algunos de los tópicos sobre los que el *Diegón* está llamado a echar alguna luz.

Lo que sigue es la traducción directa del texto griego según la citada edición de Anastopoulos y Manipoulos (Universidad de Tesalónica, 1992). Hemos limitado las notas aclaratorias o eruditas al máximo posible y hemos procurado conservar la belleza del lenguaje y el estilo del texto original. El lector juzgará en qué medida ello ha sido logrado.

- **Walter Kohan** es profesor de filosofía en la Universidad de Buenos Aires.

PLATÓN - *DIEGÓN*

Cuando volvíamos con Glaucón (1) de ofrecer una plegaria a la diosa (2) en el Pireo (3) nos interceptaron Polemarco (4), Adimanto y algunos otros. Entonces Polemarco dijo:

- Conjeturo, Sócrates, que os dirigís hacia la **pólis** (5).

- Pues no has conjeturado mal -contesté.

- Y bien, realmente no sabéis que, al caer la tarde, se jugará a la pelota en honor de la diosa?

- A la pelota? -Exclamé. Se trata de esa competencia gimnástica más propia de bárbaros que de helenos en la que dos grupos de varones se enfrentan, según dicen, corriendo tras una esfera de trapos?

- Así es, Sócrates -contestó Polemarco-. Y después celebrarán un festival nocturno digno de verse. Quedaos, pues, con nosotros y dejad de lado cualquier otra cosa.

- Bien podríamos quedarnos, dijo Glaucón.

- Si eso piensas, lo haremos, dije yo.

Fuimos entonces a casa de Polemarco. Había allí un grupo de extranjeros, atletas a jugar por lo robusto de sus cuerpos; junto a ellos estaban Fedro (6) y Polo (7); éste al verme entrar me saludó de este modo:

- Oh, noble Sócrates!, has llegado en un momento muy oportuno. En efecto, hay aquí un grupo de atletas extranjeros, de regiones muy lejanas de la Hélade, quienes predicán -con no poca presunción de su parte- que batirán hasta humillar a los mejores atletas atenienses. Y no parece trivial lo que pregonan, Sócrates, por las terribles consecuencias que ello ocasionaría a nuestra **pólis**.

- Oh, Bienaventurado Polo! Hablas admirablemente, pero creo no entender el pleno sentido de tus palabras; pues no dudo de que estos jóvenes puedan vencer y humillar en el juego a nuestros atletas, mas no veo tan claramente como tú qué consecuencias tendría ello para nuestra bienamada **pólis**. Si lo explicas con mayor precisión, quizá lo comprenda.

- Claro que sí, Sócrates -respondió Polo. Y agregó:

- Acaso no percibes las secuelas de una derrota ante estos extranjeros? Sabrían en toda la Hélade que atletas de ignotas regiones aplastaron a los más nobles y educados de nuestra **pólis**. Entonces, muchos extranjeros se envalentonarán y aprovecharán esta situación para cuestionar nuestro liderazgo. Y creo que no será fácil acallar esas voces.

- Por Zeus! -irrumpió Fedro-. Todos nosotros estamos poseídos por un temor no humano de que sucedan tales cosas.

Glaucón y los otros vivaban a Fedro y me instaban a dialogar con él. Durante un rato me negué a aceptar pues creía que su estado de ánimo no era propicio para filosofar, mas al ver que los demás no me dejarían partir sin antes haber dialogado con él, decidí quedarme, aunque advertí a Fedro:

- Dialogaremos, pero ten esto bien presente: no estamos aquí ni para que tu, yo o algún otro se luzca, ni para obtener remedio alguno a vuestra inquietud, sino que nuestra meta al conversar es siempre alcanzar la verdad. (8) Así, pues, olvida tus temores y dispón todas tus fuerzas para enfrentar juntos este adversario. Creo, por mi parte, que entender adecuadamente estas cuestiones que os preocupan requiere determinar, cuanto antes y con la mayor precisión, qué es el deporte, pues tras ello se aclararán las posibles consecuencias de un encuentro deportivo. Y confío realizar con tu ayuda esta ardua tarea. Así que, vamos, pues, noble y bello Fedro, dime qué es el deporte. (9)

- Te refieres a ese arte pugilístico que practica Polidamas de Tesalia, a aquel arte del balón de trapos en que sobresale el aquí presente *Diegón* de Fioritos, o a cuál otro?

- No me refiero, querido Fedro, a ninguno en particular, sino a todos en general, a esa única esencia (10) que todas esas actividades comparten y nos permite llamarlas "deporte" y no poesía, ni retórica, ni filosofía ni ningún otro nombre de las otras disciplinas humanas. No por un deporte por un deportista te estoy preguntando, sino por aquella única nota de la que participan todos los deportes -y, por tanto, todos los deportistas- y en virtud de la cual son así llamados. Comprender, ahora, Fedro, lo que te pregunto?

- Alcanzo a comprender, mas no es fácil responder lo que me preguntas; sin embargo, trataré de hacerlo. Pues bien, aquí tienes mi respuesta, Sócrates: el deporte es esa actividad por la cual dos hombres o dos grupos de hombres se adiestran para enfrentarse y determinar quién de ellos es mejor.

- Oh, noble Fedro! Tal como quería que respondieras, así lo has hecho. Lo que aun no sé es si es verdad lo que afirmas. No me refiero a si lo que dices permite distinguir con claridad el deporte de cosas tales como la retórica o la guerra, pues eso lo veremos en otra oportunidad; (11) antes bien, discutiremos ahora, si te parece, si es verdad o no lo que dices.

- No espero otra cosa de aquí en más, Sócrates.

- Pues bien. Respóndeme, entonces, lo siguiente. Reconoces que Polidamas, *Diegón* y los otros deportistas tienen algo compuesto de huesos, músculos y vísceras, a lo cual denominamos cuerpo, y otra parte que no vemos sino que es inteligible, a la que llamamos alma?

- Por cierto que sí, Sócrates, aunque no veo qué relación guarda ello con la presente discusión.

- Ya lo verás, querido Fedro; pero antes respóndeme algunas otras preguntas. Estas dos partes, me refiero al cuerpo y al alma, son semejantes o desemejantes entre sí?

- Sin duda que lo más desemejante de todas las cosas, replicó.

- Has respondido muy bien, Fedro. Ahora dime, qué te parece lo siguiente: Polidamas, cuando golpea a un adversario, o *Diegón*, al empujar la pelota, o cualquier otro atleta, en cuanto atleta, se valen del cuerpo o bien del alma?

- Es evidente que del cuerpo, Sócrates.

- Y no es así porque se valen de sus brazos, manos, pies y otras cosas tales, que son partes del cuerpo, pero no del alma?

- Esa pregunta ni merece respuesta, Sócrates.

- Has comprendido muy bien, Fedro. Dime ahora si acaso ésta la merece: la bondad, la valentía, la prudencia y todas las otras virtudes, son virtudes del cuerpo o del alma?

- Del alma, replicó al instante.

- Y no se es mejor por poseer en grado sumo tales virtudes? (12)

- Por cierto que sí, Sócrates.

- Sea, Fedro. Pero, acaso es posible que algunas cosas generen cosas contrarias a sí mismas?

- Esta vez no entiendo lo que me preguntas, Sócrates.

- Piénsalo respecto de la presente discusión: puede el cuerpo generar una virtud del alma?

- No sé qué responder, balbuceó.

Aunque estaba muy cerca de Fedro, apenas pude escuchar su última respuesta, pues la gritería de los otros, que aumentaba con las dificultades de Fedro en responder a mis preguntas, apenas me permitía oír lo que decía. Algunos le reprochaban que hubiera querido tomar parte de la discusión sin estar en condiciones de responder lo que le preguntaba. Otros más calmos, trataban de tranquilizar a aquéllos para que pudiéramos seguir nuestra conversación. Unos pocos, me reprochaban que hiciera a Fedro preguntas que él no podía responder. Mientras tanto, los atletas extranjeros parloteaban a viva voz y algunos parecían embriagados, a juzgar por el tono de sus voces. Cuando la calma se restableció, traté de animar a Fedro con estas palabras:

- No te desanimes, noble Fedro, pues no es fácil lo que estamos tratando. Recuerda, sin embargo, lo que hemos dicho al comienzo de esta conversación: no estamos dialogando sino para alcanzar la verdad. (13) Y si en algún punto crees que tus respuestas pueden dañar tu definición del deporte, igualmente dilas a fin de que no causen un daño mayor; pues no hay mayor daño que el infligido a la verdad.

- Ten por seguro que no pretendo cometer semejante impiedad, respondió.

- Entonces volvamos sobre lo mismo. Tú decías que el deporte es aquello que hace mejor a quien lo practica. Lo recuerdas?

- Así es, Sócrates.

- Luego dijimos que el deporte es propio del cuerpo y que el ser mejor, en cambio, es propio del alma. Lo recuerdas?

- Perfectamente, dijo.

- Pero acaso puede el hombre mejorar su alma mediante algo que es propio del cuerpo? Piensa bien lo que te pregunto, Fedro. Pues te estoy preguntando si aquella virtud que es la más elevada del alma puede alcanzarse a través del cuerpo. Y no mires si te contradices, sino sólo si lo que dices es verdad o no.

- Ciertamente, Sócrates, el cuerpo no puede hacer mejor que el alma.

- Y no es así porque, como dicen los sabios, (14) lo semejante se une a lo semejante pero nunca a lo desemejante?

- Sin duda, Sócrates.

- Por lo tanto, querido Fedro, debemos convenir que el deporte, si es algo propio del cuerpo, no podrá hacer mejor que el alma. Lo convenimos o no?

- Debo reconocer que es así, Sócrates.

- Y entonces, si el deporte no puede hacer mejor a las almas, nada hay que temer de una competencia deportiva. No es así, Fedro?

Mientras los compañeros de Fedro se miraban entre sí con asombro, observé que durante la última parte de nuestro diálogo uno de los extranjeros se había acercado para escuchar nuestra conversación, como si entendiera. Era de baja estatura y aspecto servil, disimulado sólo por su mirada vivaz e inquieta. Cuando llegamos a este punto, cual si algo de lo escuchado lo hubiera alterado, se acercó aun más y, dirigiéndose a mí, no sin alguna dificultad expresó:

- Soy *Diegón*, de Fioritos, (15) hijo de la divina Thotas. Al verte entrar creí reconocer en tus ojos saltones y tu nariz chata a ese hombre sabio del que todos hablan, aun en los lugares más lejanos de la Hélade de donde venimos; y al escuchar tu nombre, ya no tuve dudas de que estaba ante ese increíble varón, cuya fama no ha sido ni será jamás igualada, al menos con respecto al arte de dialogar.

- Oh, simpático y atrevido *Diegón!*, no estamos aquí para ensalzar mi fama o la tuya -si la tienes-, sino que conversábamos acerca de algo que te compete en gran medida: cuál es la esencia del deporte? Y has venido en un momento oportuno, pues estábamos en dificultades. Pero con tu ayuda podremos vencer estos obstáculos. Y por cierto que, bello *Diegón*, por tu fama de virtuoso en el arte de la pelota, pareces estar en las mejores condiciones de responder lo que pregunto: de modo que contesta tú mismo, bienaventurado *Diegón*, qué es el deporte?

- Con qué habilidad llevas las cosas a tu terreno, Sócrates, y qué bien ganada tienes tu fama en lo que a la palabra se refiere. Me admira el modo en que refutaste a Fedro, aunque no entiendo muy bien que el deporte tenga que ver con el cuerpo y no con el alma; en cuanto a mí, me invitas a hablar y no a competir, que es mi mayor virtud; pero igualmente te responderé...

(16)

NOTAS:

1. Hijo de Aristón, al igual que Adimanto, Glaucón era hermano de Platón.

2. Según algunos helenistas contemporáneos se trataría de Artemisa, según otros de Atenea.

3. Uno de los dos puertos de Atenas, a cinco millas de la ciudad. El otro es el Falero.

4. Hijo de Céfalo, Polemarco era hermano de Lisias, el orador y de Eutidemo, el sofista.
5. Hemos preferido transliterar el término griego *pólis* y no traducirlo por los equívocos ciudad, Estado o ciudad-Estado.
6. Discípulo de Protágoras, desempeña un papel significativo en el *Banquete* y en el diálogo que lleva su nombre.
7. De Acragas, Sicilia, maestro de retórica, es uno de los personajes centrales del *Gorgias*.
8. Es ésta una constante en los diálogos socráticos de Platón: el dialogar no tiene otra meta que la búsqueda de la verdad.
9. Es ésta la pregunta por el *tí esti*, tan típicamente socrática.
10. En griego *ousía*, que podría traducirse también por realidad o existencia.
11. No ha quedado testimonio ni en este ni en ninguno de los otros diálogos de que se haya retomado esta cuestión.
12. Sócrates se vale aquí de la unidad etimológica entre los términos griegos *areté* (virtud o excelencia) y *áristos* (mejor) para enfatizar la relación entre ambos, matiz imposible de traducir al castellano.
13. Cf. nota 8.
14. La referencia, probablemente, sea a Empédocles de Agrigento, filósofo y médico del siglo V a.C.
15. Lejana y pequeña colonia griega, citada en otros diálogos, a propósito de su desproporcionado número de esclavos y de la corrupción de sus gobernantes.
16. El diálogo queda aquí trunco. Los editores continúan trabajando sobre el papiro, pero han hecho notar que, a causa de su estado extremadamente deteriorado, difícilmente pueda ser recuperado el resto del texto. Lo no recuperado representa casi el doble, en extensión, de lo recuperado hasta hoy. Aparentemente, *Diegón* habría definido al deporte más o menos así: “el deporte es lo que hace feliz a la gente”.

